

RESEÑAS DE CINE / FILM REVIEWS

Jesús Miguel Sáez González: Crítico de Cine. Universidad de Alcalá de Henares. Madrid (España)

miguelescine@hotmail.com

HOMENAJE A ERIC ROHMER

LA INGLESA Y EL DUQUE DE ERIC ROHMER

El cine no solo es un arte es un latido. La vida como una palpitación, la nuestra y su ficción. Identificada en un fotograma, y este una emoción, un milagro. La pasión por vivir.

Detrás de este epígrafe, se asoma un principio. El cinema tan devaluado, a veces encuentra su esperanza. Ese empeño, que durante medio siglo trato la Nueva Ola francesa en transmitir, rencontrándonos con el principio del verbo, que comenzó un día con los Lumiere. Ellos y otros muchos nos dedicaron su tiempo, no solo a través de sus films, sino desde su amor precipitado en crítica cinematográfica. Aquella

generación sigue viva, Godard, Rivette, Renais, Maurice Scherer (Eric Rohmer) - ahora ausente-, Chabrol, Truffaut -a quién echo de menos-, Bazin, Demy, Becker, y otros, que de vez en cuando nos soplan al oído una dedicación. La felicidad de una oscura sala de cine, donde habita todavía nuestra infancia. Es decir la Eternidad. Sin dudar, esto lo ha conseguido un vitalista sin concesiones llamado Rohmer. Un trabajo este inteligente y mayúsculo, que hemos de analizar como se merece.

No es la primera vez, que el octogenario realizador se aproxima a la historia y a la literatura. Basta con recordar *La marquesa de O* para comprender, que no todos sus trabajos se circunscriben solo como cuentos morales. En esta ocasión acude a un texto -en formato diario- de finales del siglo XVIII, principio del XIX, titulado *Ma vie sous la Revolution* de Grace Elliott, apoyándose por entero, permitiendo que su personaje, la propia autora, sea la que nos conduzca en aquellos fatídicos y libres acontecimientos históricos, a la sazón; y ahí es donde entra sin quererlo el realizador, desde la objetividad, para plantear una revisión ética de la Revolución Francesa - hecho este que le ha planteado numerosos problemas en su país- desde la autocrítica (el miedo al terror) y la ironía (la formulación de los comportamientos morales/el desarrollo de algunas escenas a modo de alta comedia).

Estructuralmente el film, comienza con un prólogo aséptico (introduce una pieza de la época titulada *Ca ira* de Becourt), para concluir con un epílogo (cierra con *La marcha de Gossec*, para la muerte de Mirabeu, pieza del gusto por cierto de Grace Elliott), ambos con voz en off. Sin embargo, entre uno y otro, se sigue con fidelidad el texto narrado por Grace, siendo la misma la que nos conduce por esos itinerarios (intertítulos en primera persona, que son citas de la obra, y que por cierto; por su formato; son un claro recurso narrativo del cine mudo), no por los lugares reales, que en ocasiones se muestran (el ataque a las Tullerías), o en momentos puntuales desde la distancia (la decapitación del rey de Francia); por cierto magnánimo trabajo artístico que reproduce las acuarelas del Museo de Carnavalet y nos entronca con De Machy y Hubert Robert y su contexto, además de devolvernos; y gracias a los efectos

digitales, al cine pintado de Melies y Murnau, por su adecuación de espacio único, en perspectiva, donde los personajes están siempre inmersos, indisolubles en planos frontales; sino por la amalgama de sentimientos que provocan esos hechos, la percepción y la lógica de los mismos y los motivos que la invitan a pasar a la acción.

Partiendo de este corpus, siempre manteniendo la unidad formal, la utilización del tiempo, sin duda alguna, entra en dicotomía. El tiempo histórico real (el hecho de la dominación de los Jacobinos de Robespierre y su ola de Terror) y el tiempo que transcurre desde el interior de la mansión (detallista utilización de escenarios interiores, que nos comprometen emotivamente a Demy, así como a una utilización de planos que recuerdan a Rivette, por su carácter de documento), entrando constantemente en la dialéctica entre el que hacer público y privado.